



Experto en Psicología clínica y psicoterapia infantil



www.isfap.com - info@isfap.com

TEMA VI. DINÁMICA INTRAPSÍQUICA

Introducción

No pretendemos dar una visión completa de lo que es toda la teoría del aparato psíquico, correspondería a ello un periodo largo, unos cuantos años de formación. Pero si consideramos necesario aclarar determinados conceptos que nos permitan una base suficiente para la reflexión y ese posicionamiento y escucha que buscamos. Partimos, por tanto, de una intersección que contempla el contexto social y la dinámica intrapsíquica.

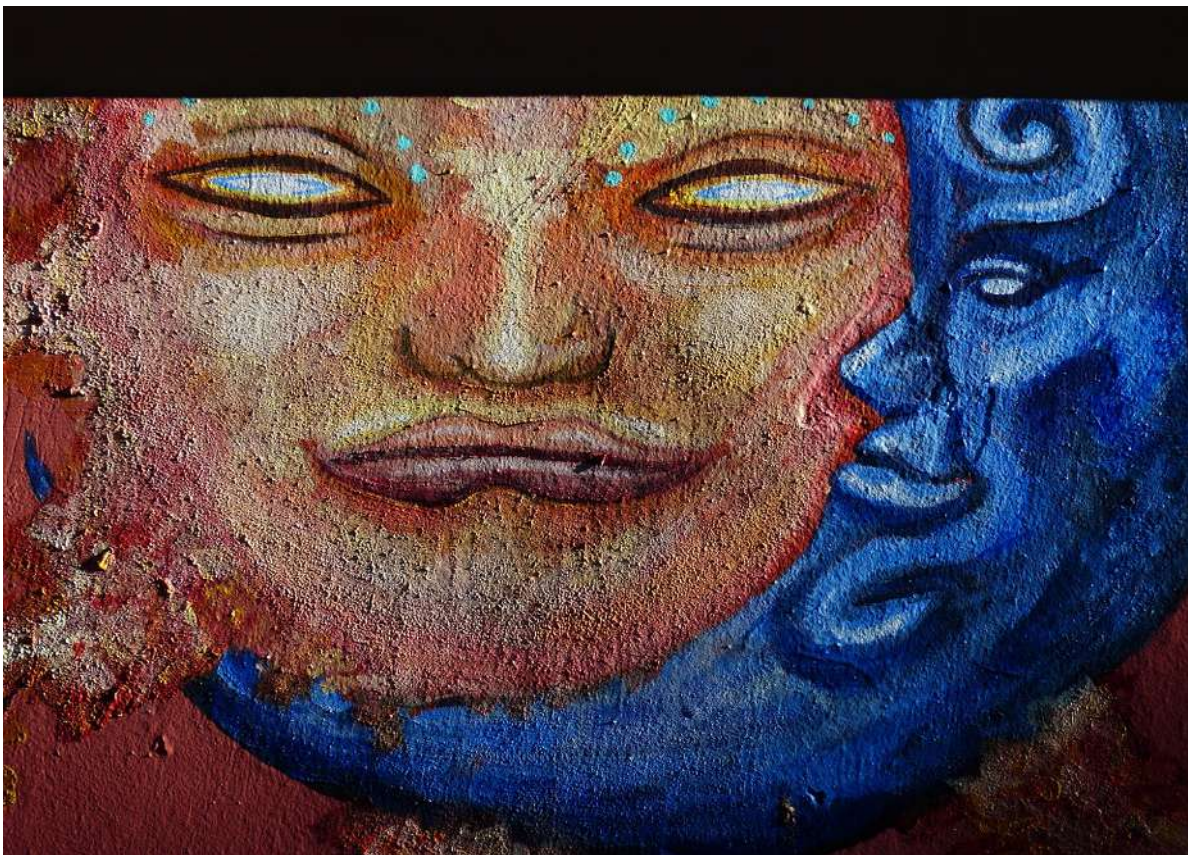
Aparato psíquico

Desde el psicoanálisis, al referirnos al aparato psíquico no nos referimos a una estructuración localizable en el cerebro. Hacemos referencia a un esquema figurativo, una metáfora incluso, que nos permite explicar el funcionamiento psíquico desde tres perspectivas fundamentalmente: Dinámica, tópica y económica.

El punto de vista dinámico hace referencia a que, en el psiquismo, se produce continuamente una lucha entre fuerzas antagónicas. Desde este modelo se pone en juego sobre todo las relaciones entre el consciente y el inconsciente, unas relaciones basadas en el conflicto. Las fuerzas antagónicas que se ponen en juego son fuerzas pulsionales, se pone en juego una dinámica pulsional dualista. La orientación dinámica implica la consideración del concepto de fuerza y empuje (drang de las pulsiones). En los textos de Freud, el adjetivo dinámico sirve para designar las características especialmente del inconsciente.

El punto de vista tópico alude a una representación espacial del funcionamiento del aparato psíquico. Freud, en 1900, introduce una primera tópica en donde las instancias son el inconsciente, la percepción-conciencia y el preconsciente. En 1920, elabora una segunda tópica donde introduce el ello, el yo y el superyó.

El punto de vista económico parte de la experiencia clínica y señala que una energía mensurable circula por el aparato psíquico ligándose a determinadas representaciones y produciendo investimentos. Según este modelo, los procesos psíquicos consisten en la circulación y distribución de una energía cuantificable y susceptible de aumento, disminución y equivalencia. El objetivo del aparato psíquico es conseguir un cierto equilibrio. Así, por ejemplo, podemos ver como parece buscarse tener un equilibrio entre la libido del yo y la libido objetal. Con ello nos adentramos incluso en el terreno del narcisismo. De lo que se trata es de un continuo trabajo que equilibre las excitaciones tanto internas como externas.



La hipótesis económica conlleva la idea de mantener siempre un nivel de energía lo más bajo posible. De tal forma que el trabajo que realiza es múltiple: transferencia de energía

libre a ligada, desplazamiento de cargas de energías, elaboración, etc. Es aquí donde surgen los procesos de desplazamiento y condensación energética.

En la base al enfoque económico, se pueden estructurar tres principios que están en la base del intercambio de energías. Se trata del principio de constancia, el principio del placer y el principio de realidad.

Según el principio de constancia, el aparato psíquico, tiende a mantener la cantidad de excitación en él contenida a un nivel tan bajo o, por lo menos, tan constante como sea posible. Esta constancia se obtiene mediante la descarga de energía ya existente, la evitación de lo que pudiera aumentar la cantidad de excitación y la defensa contra ese aumento. El principio de constancia es el fundamento económico del principio del placer.

El principio del placer es un principio que, junto con el principio de realidad, gobierna la actividad mental. Se parte del supuesto que el conjunto de la actividad psíquica tiene la finalidad de evitar el displacer y procurar el placer. El placer va ligado a la disminución de las cantidades de excitación. Para Freud el placer no era el fin en sí mismo, sino que nuestros actos vienen determinados por el placer o displacer producidos en el presente por la representación que tenemos de ellos.

Aunque en principio el principio de constancia fundamenta el principio del placer, las elaboraciones freudianas que se dan en “Más allá del principio del placer” le llevan a observar que el principio del placer se puede hallar en oposición al principio de constancia, ya que tiene que ver con una energía más libre que en la constancia, donde se encuentra más ligada. Pareciera que el placer va más allá. Más allá, el goce. Más allá, Thánatos.

El otro gran principio que rige el funcionamiento mental es el principio de realidad. Forma un par con el principio de placer, al cual modifica. En la medida que logra imponerse como principio regulador, la búsqueda de la satisfacción ya no se efectúa por los caminos

más cortos a los que empuja la pulsión, sino mediante rodeos, y aplaza su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior.

Desde el punto de vista económico, el principio de realidad corresponde a una transformación de la energía libre en energía ligada. Desde el punto de vista tópico, caracteriza sobre todo al sistema preconscious-consciente. Desde el punto de vista dinámico, pareciera que el principio de realidad se puede basar sobre cierto tipo de energía pulsional que se hallaría al servicio del yo.

Como vemos, los tres puntos de vista nos sirven para articular los conceptos y comprender en sus diversas caras este aparato psíquico que nos habita.

¿Cuál es la energía invocada constantemente? Tiene que ver evidentemente con el empuje de la pulsión. Es aquí donde Freud introduce la libido como energía substrato de las pulsiones sexuales. Una energía que circula entre la catexis libidinal del yo y la catexis de los objetos.

La libido se puede definir como la energía que surge como substrato de las transformaciones de la pulsión sexual, en cuanto al objeto (desplazamiento), el fin (sublimación) y en cuanto a la fuente de excitación sexual (diversidad de las zonas erógenas).

Partiendo de esta estructuración del aparato psíquico, algo que Freud llamó Metapsicología, profundizaremos ahora en algunos de estos conceptos o instancias psíquicas. Por este orden:

- Inconsciente
- Yo, Ello y Superyó
- Narcisismo
- Pulsión
- Goce

Inconsciente

Podemos pensar el inconsciente desde el punto de vista de su función en el lenguaje: como adjetivo y como sustantivo.

Como adjetivo, alude al contenido mental que no es accesible a la conciencia, contenido del que tenemos referencia en los actos fallidos, los pensamientos, los síntomas y las fantasías. Parte de este inconsciente, llamado preconsciente, es fácilmente accesible al consciente, mas en todo caso, el verdadero inconsciente freudiano es el que hace referencia a los contenidos reprimidos. Los estados afectivos relacionados con las pulsiones producen deseos que luchan por acceder a la conciencia continuamente. A estos se les oponen otras fuerzas que tienen que ver con el Yo y el Superyó, fuerzas que actúan represivamente. Este es el fundamento de la visión dinámica del aparato psíquico.

Como sustantivo, se trata de uno de los sistemas dinámicos descritos por Freud en su primera teoría tópica del aparato psíquico. Este sistema está compuesto por contenidos reprimidos. Son contenidos que no acceden a la conciencia por acción de la represión primaria y la represión secundaria. La represión se mantiene por la anticatexia. Como vemos, este concepto nos lleva nuevamente a la visión económica del aparato psíquico.

Según la lectura de Laplanche, las características del inconsciente como sistema, son las siguientes:

- Sus contenidos son representantes de las pulsiones.
- Se encuentran rebosando de energía pulsional de tal forma que buscan retornar a la conciencia, es el llamado retorno de lo reprimido, pero solo pueden encontrar acceso en forma de compromiso, después de haber sido sometidos a la deformación de la censura.
- Son los deseos infantiles los que constituyen el núcleo de la fijación inconsciente.
- Reina el proceso primario, proceso donde rige el principio del placer y se da la condensación y el desplazamiento. La condensación consiste en la confluencia en una representación única de varias cadenas asociativas. En cambio, el desplazamiento consiste en el traspaso del interés o acento de una representación a otra.

Jean Laplanche: características del inconsciente

Sus contenidos son representaciones de pulsiones.

Rebosan energía pulsional cuyo empuje es precipitarse a la conciencia (retorno de lo reprimido).

Los deseos infantiles como núcleo de fijación inconsciente.

Impera el proceso primario, donde rige el principio del placer, dándose las características de la condensación y desplazamiento.

Existe una cierta equivalencia entre el inconsciente y el Ello de la segunda tópica freudiana, aunque no es completa. Existen partes del Yo y del Superyó que pueden considerarse inconscientes, cuestión que veremos mejor posteriormente.

A los contenidos del Inconsciente, Freud los denominó “representantes de la pulsión”. La pulsión, en sí misma, es inaccesible, está situada en el límite entre lo somático y lo



psíquico y, portanto, se encuentra más allá de la oposición entre consciente e inconsciente. Por una parte, no puede ser nunca objeto de conciencia y, por otra, sólo se halla presente en el inconsciente mediante representantes.

Las representaciones inconscientes se hallan ordenadas en forma de fantasías, guiones imaginarios a los que se liga la pulsión y que pueden concebirse como verdaderas escenificaciones del

deseo.

Desde la lectura de Jacques Lacan, lectura marcada por la lingüística, se pueden estructurar dos coordenadas que nos permiten una mejor comprensión del inconsciente. La primera se refiere a la afirmación de que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. Ello alude a que se trata del significante sin significación que sigue sus propias leyes y que organiza el goce y regula el fantasma y la percepción.... Un significante lejos del significado.

La otra coordenada desde la que Lacan define al inconsciente es desde el Otro.

El sujeto se constituye en el lugar del Otro, del Otro que lo precede, el sujeto se encuentra anudado en una cadena simbólica del que no es nada más que un elemento. Bien, pues justamente, el inconsciente es el discurso del Otro.

Un discurso que lo precede. El bebé ya tiene un sitio asignado, un sitio simbólico que tiene que ver con toda la cultura humana y con su cadena propia de linajes. Tiene que ver con los significantes y si consideramos que el lenguaje es el responsable principal de la cultura, el Otro entonces es el tesoro de los significantes de la cultura.

El primer Otro se enlaza con lo que es llamado Cosa (concepto que tiene que ver más con la Madre Mítica). En todo caso su primera cara es la de la Madre. Al principio el Otro es fundamentalmente la madre y después es modificado por el padre para ser al final, un interlocutor cultural. Interlocutor cultural, si, pero con las marcas de la relación que se ha tenido con la madre, con el padre y con todas las figuras que introdujeran elementos culturales, simbólicos, dentro de nosotros.

Pero sigamos con la estructuración del lenguaje del inconsciente. El discurso del Otro es una serie de elementos, de significantes, que están en una relación de alteridad respecto al sujeto. Esta serie o cadena insiste y se manifiesta a través de fallidos y síntomas. El inconsciente está estructurado como un lenguaje, pero no como una lengua con sentido, digamos que su significación es muchas veces enigmática, insiste y nos lleva más allá de cualquier sentido, más allá del principio del placer.

Los mecanismos que funcionan tienen que ver con el significante, con la metonimia y con la metáfora que son las traducciones lingüísticas de los mecanismos freudianos de condensación y desplazamiento. El síntoma es una metáfora y el deseo una metonimia.

La unidad funcional en la organización del inconsciente no es el fonema (no hay voz en el inconsciente, sino la letra, que, por su naturaleza localizable y diferencias, se ofrece como puro símbolo de la pérdida del objeto, de lo real.

Yo, ello y Superyó

Entremos ahora en el terreno de la segunda tópica freudiana. Con Freud, se puede considerar el aparato psíquico como modelado a imagen de un organismo flotando en el agua. La superficie de este organismo está sometida a fuerzas y respuestas reactivas tanto desde el exterior como desde el interior. Ello origina que se vaya modificando y diferenciando del resto esa superficie. Bien, es esta diferenciación la que forma el yo.

El yo crea aptitudes que le permiten observar, seleccionar y organizar los estímulos e impulsos. De ahí surgen las funciones del juicio y de la inteligencia. También desarrolla métodos para reprimir las descargas y bloquearlas, convirtiendo el proceso primario en el proceso secundario dentro del principio de realidad.

La organización del yo es algo necesario para poner un cierto orden en las fuerzas contrapuestas que se ponen en juego. El yo se convierte en un mediador, el mediador por excelencia entre el organismo y el mundo externo. Ha de proporcionar tanto una protección contra las influencias hostiles del exterior, como el logro de la gratificación pulsional, debe encontrar una solución de equilibrio.

Pudiera parecer entonces que el yo es totalmente consciente, sin embargo, no es así, existen partes del yo que son inconscientes. Tengamos en cuenta que la conciencia surge en algún momento del proceso de sistematización de la percepción. Este proceso depende de la capacidad de utilizar los recuerdos. Las huellas mnémicas son residuos de percepciones, surgen aparentemente en segundo plano, por debajo de las percepciones mismas. El yo se ensancha a costa de la capa de estas huellas mnémicas, denominada preconscious.

El descubrimiento de que el yo tiene elementos inconscientes origina que todas las certidumbres que intentan basarse en una idea totalizadora del ser, se vengán abajo. No todo se conoce del yo y en correlación no todo se conoce del sujeto.

Hoy en día, el contexto social apunta a cierta idea totalizadora, apunta a que el yo es la imagen solamente y que la subjetividad no existe. No hay espacio para el corte, para la parada, para la mirada hacia uno mismo, hacia el otro, no hay sitio para el cuestionamiento desde el malestar. El malestar es enterrado con objetos de consumo nimios y adictivos. Pensemos por ejemplo en la comunicación. La idea que se transmite es que la comunicación total es posible, que, a través de los móviles, de los mensajes, del messenger, etc., es posible tener un enlace total. Es como tener el cordón umbilical siempre conectado. A través de productos de consumo nos venden la posibilidad de que es posible la comunicación total. Lo real sin embargo a plantearse es si precisamente es que el sujeto se vuelque en estos objetos de consumo es porque no existe comunicación. Pensamos más bien que esos objetos se ponen en el lugar de la falta de comunicación. El sujeto está fuera de juego y el deseo obturado, está taponado por los artículos de consumo (y tampoco la propuesta restaura la ausencia de comunicación).



Volvemos a meternos con el Otro social. Es aquí, en la relación con el Otro, en la relación con los otros, donde encontramos especialmente productiva la aportación lacaniana.

Desde Lacan estamos habituados a estudiar al yo desde dos perspectivas: el je y el moi. El je es el yo del lenguaje, más concretamente lo podemos definir como el sujeto del enunciado, y es el que, al ser una palabra. Aliena más al sujeto de lo que es el orden natural. Con el je ya no se trata más de un pedazo de carne, de lo que se trata es de un significante en juego con otros significantes. El je es producto de la alienación del sujeto en el lenguaje y nos va a señalar la posición simbólica del sujeto.

El moi tiene más que ver con el yo ideal y, por tanto, con el registro de lo imaginario. En la formación del yo, es importante tener en cuenta el papel de la identificación. La identificación con el otro permite la apropiación de una serie de marcas del otro, sean síntomas, rasgos del carácter o actitudes. Lacan, con el estadio del espejo, muestra que el niño pequeño anticipa imaginariamente la forma total de su cuerpo mediante la identificación, estableciendo así el primer esbozo del yo. Ese momento es especial porque la mirada del niño es sostenida por una madre que lo mira y asiente. Es allí donde se produce cierto proceso narcisístico necesario para la imagen del cuerpo del niño.

Podríamos decir que el yo es la percepción de una imagen proyectada en una superficie, pero para que exista esa superficie es necesario el deseo de otro, de la madre, y más aún, el deseo parental. De lo que se trata es de la identificación con ese lugar.

Vayamos al contexto social actual. ¿y si falta ese deseo? Si existe sólo una mirada de reojo o directamente no existe esa mirada hacia ese lugar donde pueda advenir un yo, el yo que puede surgir puede tener que ver con prótesis imaginarias no mediadoras con el goce. Demasiado cerca de lo real, del superyó, del goce.

En este momento, se hace necesaria una aclaración ya que estamos estructurando las cosas desde registros diferentes. Lacan diferencio tres registros para entender nuestra realidad: Lo real, lo simbólico y lo imaginario.

Son los tres registros desde los que se ordena nuestra relación con nosotros y con el entorno. Para entenderlos, pongamos un ejemplo. Pensemos en el sol. Lo imaginario es un registro que alude al movimiento y que tiende a ser engañoso. Si miramos al sol, pareciera que gira alrededor nuestro, sin embargo, es justamente al revés. Lo simbólico alude al nombre, un nombre que podemos ordenar dentro de un mundo simbólicamente construido donde el sol es un astro más que representa el centro del sistema solar, pero que hay más sistemas, astros o estrellas que conocemos en la medida en que los nombramos y ordenamos. Por último, lo real es el astro en sí mismo, más allá del nombre. Lo real es inaccesible, está lejos de poder tener una relación directa ya que toda nuestra percepción está tamizada por la entrada en el universo simbólico.

Pasemos ahora al Superyó, el modelo económico nos introduce. Es el principio de realidad lo que determina que el yo se abstenga de satisfacer de inmediato la tendencia de los impulsos a la descarga. La energía con la que el yo lleva a cabo la tarea inhibidora sobre las pulsiones deriva del reservorio pulsional del ello y determina un empuje en exceso. Una parte de esa energía pulsional se convierte en antipulsional. Una determinada parte del yo que inhibe la actividad pulsional se desarrolla más próxima a las pulsiones, y se muestra en contradicción con otras partes del yo que buscan más un placer. Esta parte tiene la función de decidir que impulsos son aceptables y cuales no. Es el Superyó.

Su articulación con la energía pulsional es lo que origina que sea en gran parte inconsciente. El Superyó establece y mantiene un sistema de valores, ideales, prohibiciones y mandatos. Freud estructuró que el superyó se formaba a partir de las identificaciones parentales tempranas que se mantenían después de haber renunciado el niño a los padres como objeto de amor sexual, esto es en la etapa de destrucción del complejo de Edipo. Desde este punto de vista, se puede considerar al superyó como heredero del complejo de Edipo. Pero no es un simple residuo de un objeto de amor abandonado, supone también una poderosa formación reactiva contra dicha

identificación, junto con el mensaje de así debes ser, se escurre el mensaje así no debes ser. Además, Freud apunta que el superyó del niño puede tomar como referencia más el superyó de los propios padres que a las normas o imagen dadas por ellos. Es decir, el superyó tiene que ver con los padres, si, pero más con el superyó de los padres, con el imperativo, con la severidad. Esto lleva a pensar a que el superyó está más en proporción con los impulsos agresivos del sujeto, en última instancia con la pulsión de muerte. Desde este punto de vista, podemos considerar, en la línea de Freud, que la severidad original del superyó expresa la agresividad del niño hacia la educación, en relación al malestar en la cultura. En correlación con ello la pulsión de muerte está puesta en juego.

En la línea de ese superyó más arcaico, más cercano a lo pulsional, encontramos los estudios sobre los estadios preedípicos del superyó (Reuich, Jacobson). Las investigaciones apuntan a que los niños internalizan las expectativas de los padres antes de la fase edípica. El complejo edípico, lo que da es un grado de integración a esos ya autorreproches y autocastigos presentes (que se han formado en la interiorización).

J. Lacan va más allá en la lectura del superyó freudiano. Para Lacan, el superyó constituye una parte de los mandatos interiorizados por el sujeto. Pero es un enunciado discordante, exorbitante en relación a la ley pacificadora de lo simbólico. De este modo, aparece la pulsión de muerte y el goce. El superyó empuja más allá del principio del placer. El superyó manda gozar.

Aquí es donde podemos enlazar con el tema de nuestro curso. Ese es el problema en la sociedad actual, el Otro social manda Gozar, sin intermediación simbólica a causa del desfallecimiento de la función paterna. Es por eso que las patologías actuales están más cerca de un borde, un borde de estructura que tiene que ver con la repetición mortal.

El superyó forma parte del yo y sin embargo está separado de él. El yo se toma a sí mismo como objeto, se escinde. El sujeto siempre está barrado.

El Ello: Es un concepto que abarca las representaciones mentales de las pulsiones. Constituye la parte pulsional de la personalidad. Sus contenidos son expresión psíquica de las pulsiones y son inconscientes. Son, en parte, heredados e innatos y, en parte, reprimidos y adquiridos.

Desde el punto de vista económico, el Ello es para Freud el reservorio de la energía psíquica; desde el punto de vista dinámico, entra en conflicto con el yo y con el superyó.

Las características atribuidas al inconsciente en la primera teoría son retomadas globalmente por Freud para calificar al Ello. Pero el inconsciente ya no es tomado como un sistema, sino que se da como una propiedad del Ello y además el Ello es también una propiedad de una parte del yo y una parte del superyó. Así, el Ello no es el todo del inconsciente, pero tiene la propiedad de ser totalmente inconsciente, como el yo y el superyó no son totalmente, aunque si en gran parte inconscientes.

Lo reprimido sería una parte del Ello, la otra parte del Ello estaría constituida por las exigencias de orden somático y las exigencias hereditarias.

Narcisismo

Narcisismo es un término que fue referido por Näcké en 1899, basado en la correlación hecha por Havelock Ellis del mito griego de narciso con un caso de perversión autoerótica masculina. En psicoanálisis, el significado se ha ampliado y la perversión sólo queda del lado de lo ilustrativo. El narcisismo es un fenómeno general del psiquismo del ser humano. Resaltar que, en la literatura actual, este término suele estar relacionado con el concepto de autoestima, cuestión con la que no podemos estar de acuerdo. Si bien, son términos que están relacionados, consideramos que el término de autoestima es un término esencialmente imaginario que queda cojo ante la riqueza que nos puede dar el de narcisismo.

En el narcisismo, podemos decir que el sujeto comienza tomándose a sí mismo y a su propio cuerpo, como objeto de amor. Freud distingue entre libido del yo y libido objetal y considera que la libido del yo es la que concierne al narcisismo y entra en equilibrio con la libido objetal. El problema que puede existir es que, si aumenta una disminuye la otra. Aunque Freud alude a un reservorio en el yo de energía libidinal.

Freud propone un estado narcisista primario (sin objeto) a las relaciones de objeto. Un estado donde no se tiene en cuenta al otro. A este estado, lo llamará narcisismo primario. En él, no hay relación con el ambiente y no hay diferenciación entre el yo y el ello. Su prototipo sería la vida intrauterina.

El narcisismo primario designa (Laplanche) un estado precoz en el que el niño catectiza toda su libido sobre sí mismo. En cambio, el narcisismo secundario designa una vuelta sobre el yo de la libido, retirada de sus catexias objetales. Para Freud el narcisismo secundario no representa únicamente ciertos estados extremos de regresión, constituye también una estructura permanente del sujeto.



Las concepciones lacanianas al respecto han venido a esclarecer y simplificar la cuestión del narcisismo. Para Lacan, el bebe que todavía no tiene instaurado el lenguaje no tiene ninguna imagen unificada de su cuerpo, no hace distinción entre él y el exterior, no tiene noción ni

de yo ni de objeto. No es todavía lo que se puede denominar sujeto. Los primeros

investimientos pulsionales son, por tanto, en sentido propio los del autoerotismo, en tanto que no hay verdaderamente sujeto. Tenemos que tener en cuenta que si hay sujeto existe ya objeto.

Chemama, al explicar la posición lacaniana al respecto, comenta: El inicio de la estructuración subjetiva hace que el niño pase del registro de la necesidad al del deseo. El grito, de simple expresión de la insatisfacción, se hace llamada, demanda. Las nociones de yo/exterior, luego de yo/otro y de sujeto/objeto sustituyen a la primera y única discriminación entre placer y displacer. Es ahí, en la relación con el afuera, con el otro, donde se construye la identidad del sujeto.

Lo que llama Lacan estadio del espejo es un símil que parte del reconocimiento gozoso que el infans tiene cuando se mira en el espejo, aún cuando no tiene la suficiente madurez corporal como para poder coordinar sus movimientos y tener un control sobre el cuerpo. Esta imagen funciona a modo de anticipación de lo que el sujeto puede ser. Pero tengamos en cuenta que, desde el punto de vista simbólico, ese espejo es, en realidad, la mirada de la madre. Es en el reconocimiento de la madre donde el bebe ve validada esa imagen anticipatoria. Es allí donde Lacan establece el narcisismo primario, en la relación con el otro, con la madre. Se trata del investimento pulsional, deseante, amoroso, que el sujeto realiza sobre sí mismo o, más exactamente, sobre esa imagen de sí mismo con la que se identifica.

Sobre esa base de identificación, vamos a llamar primordial, suceden después múltiples identificaciones imaginarias, constitutivas del yo. Pero, fundamentalmente este yo, o esta imagen del yo, es exterior al sujeto y no puede entonces pretender representarlo completamente en sí mismo. “Yo es otro” que dice Lacan. El narcisismo secundario sería, entonces, el resultado de esta operación, en el que el sujeto invierte un objeto exterior a él, pero a pesar de todo un objeto que se supone que es el mismo, ya que es su propio yo,

un objeto que es la imagen por la que se toma, con todo lo que este proceso supone de engaño o de alienación.

El ideal del yo se construye a partir de este deseo y este engaño.

En todo caso, tanto para Freud como para Lacan, el narcisismo remite al mito de Narciso. Una historia de amor en la que el sujeto termina por conjugarse tan bien consigo mismo que, por encontrarse demasiado consigo, encuentra la muerte. Este es, según Chemama, el destino narcisista del sujeto, ya sea que lo sepa o que se engañe: el enamorarse de otro que cree que es él mismo, o al apasionarse por alguien sin darse cuenta de que se trata de sí mismo, pierde en todas las ocasiones, y sobre todo se pierde.

Estas elaboraciones del narcisismo nos llevan a la noción de objeto. Es en la articulación con el narcisismo con el objeto desde donde se puede obtener una mejor visión.

Es aquí donde conviene que estructuremos más el concepto de objeto y los tipos de objeto. El objeto, según lo que hemos articulado podemos considerarlo como un correlato del Yo. La libido narcisista que reside en el yo se extiende hacia el objeto, pero también el yo mismo se puede tomar como objeto. La elección de objeto es siempre una elección de tipo narcisista, se ama lo que se quiere ser. En el plano imaginario, además, el objeto siempre se presenta al hombre como algo inasible.

Laplanche, considera la noción de objeto en psicoanálisis, relacionada con tres aspectos principales:

- Como correlato de la pulsión: es aquello en lo cual, y mediante lo cual, la pulsión busca alcanzar su fin, es decir, cierto tipo de satisfacción. Puede tratarse de una persona o de un objeto parcial, de un objeto real o de un objeto fantaseado. Freud: “Es el elemento más variable en la pulsión, no se halla originariamente ligado a ésta, sino que se adapta a ella en función de su aptitud para permitir la satisfacción.

- Como correlato del amor u odio: se trata de la relación de la persona total, o de la instancia del yo, con un objeto que se apunta como totalidad (persona, entidad, ideal)
- En el sentido tradicional de la filosofía, como correlato del sujeto que percibe y conoce: es lo que se ofrece con caracteres fijos y permanentes, reconocibles por la universalidad de los sujetos.

El objeto en psicoanálisis (Laplanche)

- El objeto es un correlato de la pulsión. La pulsión se dirige a su fin, la satisfacción
- El objeto es el correlato del amor y el odio
- El objeto es correlato del sujeto que percibe y conoce (filosofía)

En todo caso, partimos de que el objeto del que hablamos es un objeto que siempre va más allá de la necesidad, en la medida que el lenguaje es el mediador de todas las relaciones con el mundo exterior y el interior.

La noción de objeto parcial: Tipo de objetos a los que apuntan las pulsiones parciales, sin que esto implique que se tome como objeto de amor a una persona en su conjunto. Se trata principalmente de partes del cuerpo, reales o fantaseadas (pecho, heces, pene...) y de sus equivalentes simbólicos. En realidad, incluso una persona puede ser identificada con un objeto parcial.

El primer objeto parcial constituido y escindido sería el pecho materno, de esta forma el pecho bueno se convierte en el prototipo de todos los objetos protectores y gratificadores, y el pecho malo en el de todos los objetos perseguidores externos e internos.

La noción de objeto bueno y objeto malo: Son términos introducidos por Melanie Klein para designar los primeros objetos pulsionales, parciales o totales, tal como aparecen en la vida de la fantasía del niño. Las cualidades de bueno o malo se les atribuyen, no

solamente por su carácter gratificador o frustrante, sino sobre todo porque sobre ellos se proyectan las pulsiones libidinales o destructoras del sujeto. Según Melanie Klein, el objeto parcial (pecho, pene...) se halla escindido en un objeto bueno y un objeto malo constituyendo esta escisión el primer modo de defensa contra la angustia. El objeto total, posteriormente, también será escindido “madre buena y madre mala”.

M. Klein va a enriquecer la concepción freudiana al poner el acento en los objetos internos, cuyas cualidades de bondad y solidez son puestas a prueba con ocasión de la pérdida de un objeto externo.

Un trabajo de duelo doloroso y normal es cumplido ya por el niño pequeño que llega a abordar y elaborar las posiciones depresivas. En el curso de estas, el niño toma conciencia de que la persona que ama y aquella a la que ha atacado en sus fantasías destructivas es la misma. Pasa entonces por una fase de duelo donde tanto el objeto externo como el interno se viven como arruinados, perdidos, y abandonan al niño a su depresión. Sólo poco a poco y con dolor, trabajando esta ambivalencia e impulsado por la culpa depresiva, el niño va a lograr restablecer en él un objeto interno bueno y asegurador. Digamos, una madre buena.

Una persona en duelo busca reinstalar en sí misma a sus objetos buenos, a sus padres amados. Vuelve a encontrar entonces su confianza en sí misma y puede soportar la idea de que el objeto externo desaparecido no era perfecto. El fracaso en el trabajo de duelo, ligado a los estados melancólicos o maníaco-depresivos, transforma, según M.Klein “al muerto en un perseguidor” y conmueve también la fe del sujeto en los objetos internos buenos.

La noción de objeto transaccional: Término introducido por Winnicott para designar un objeto material que posee un valor electivo para el lactante y el niño pequeño, especialmente en el momento de dormirse. El recurrir a estos objetos, según Winnicott,

permite al niño efectuar la transacción entre la primera relación oral con la madre y la verdadera relación de objeto.

Objeto a: No es un objeto del mundo y, por tanto, no es representable. Ese objeto se crea en ese espacio de desencuentro entre la madre y el hijo, ese espacio que tiene que ver con la barrera del lenguaje, hay algo que siempre falta. Ningún alimento puede satisfacer la demanda del seno, por ejemplo, la demanda va más allá de la necesidad. Digamos que esa falta está en el corazón del deseo. No existe deseo sin falta.

Lacan opone a objeto, la cosa (das Ding), que sería el objeto absoluto, la Madre absoluta, el objeto perdido de una satisfacción mítica (acordémonos aquí del For-da y la pérdida que se constituye en ese momento).

Más allá del desvalimiento, la pérdida aparece articulada con la palabra. La pérdida está asociada a la dialéctica de la ausencia y la presencia. Una dialéctica que instaura el proceso simbólico en el psiquismo. Freud logra obtener un acercamiento mayor a este hecho gracias a la observación de un juego insistente de su nieto de año y medio (Ernst Freud) ante la ausencia de la madre: “Fort-Da”.

El niño arrojaba por la baranda de la cuna un carrito de madera atado. Cuando el carrito se alejaba y desaparecía, el niño exclamaba “o-o-o”, que Freud interpretó como fuera. Después el niño tiraba otra vez del carrito haciéndolo aparecer nuevamente y con cierto placer, exclamaba: “Da” (acá está) que simboliza dentro.

El niño logra con este juego simbolizar los movimientos de la madre, estructurar en el lenguaje su ausencia y su presencia. Es más, pasa con este movimiento a controlar activamente el objeto, en vez de sufrir pasivamente la ausencia de la madre.

Como vemos, desde el principio, la pérdida aparece articulada con el lenguaje.

Mas este mismo proceso origina un efecto paradójico que esta en la base para entender más profundamente el efecto destructivo de lo traumático. Es la compulsión a la

repetición que Freud asociará con la pulsión de muerte. Con el juego del carrete, el niño anticipa y simboliza el movimiento de la madre y con esto se aleja cada vez más del mundo natural y se mete en el mundo simbólico. El reencuentro con el placer que representa la presencia de la madre ya no será el mismo. El niño repite el juego, pero la ganancia de placer es relativa porque nunca se encuentra lo que se perdió. Dicho de otra forma, en la repetición el niño intenta volver al encuentro originario, allí donde antes del principio del placer, hubo una vez un supuesto encuentro satisfactorio y único. Este encuentro queda dentro de lo mítico, en realidad probablemente nunca se ha dado en la medida en que ya nacemos marcados por un lugar simbólico, en la medida en que somos un nombre que tiene que ver con el deseo de los padres.

La paradoja del objeto desde la perspectiva psicoanalítica es que se delimita en un momento de pérdida. Se constituye como recorte de lo caído. No hay objeto primero, solo hay lugar vacío que puede ser ocupado por cualquiera de los objetos del mundo.

Con el concepto de pérdida podemos articular un proceso fundante en el ser humano, se trata del proceso de duelo. Con ello afirmamos que el sujeto se funda en el duelo. Para que un duelo pueda tener lugar, el objeto a tiene que haberse constituido. El objeto a es condición necesaria para que exista el sujeto, si no ha existido corte, no puede existir sujeto, si acaso existe el campo de la locura. Recordemos aquí que es el desencuentro con la madre, es la entrada en el lenguaje lo que permite la constitución tanto del sujeto como de su objeto o de ese lugar vacío que permite poner los objetos del mundo.

Si no ha habido posibilidad de corte o éste se ha constituido de una forma precaria, nos hallamos ante la imposibilidad del duelo, la melancolía. En ella, el objeto está precariamente constituido, no tiene apenas envoltorio imaginario, casi no existe el ideal. Si somos estrictos, diremos que en la melancolía no existe esa alienación radical en el lenguaje, el melancólico está demasiado cerca de lo real o ese concepto lacaniano de La Cosa.

Al no existir un objeto interno asegurador, los objetos externos son casi todo lo que se tiene, con lo que la pérdida, para un psicótico, es más que una catástrofe. Puede ser realmente inhabilitante y marca el procedimiento de los profesionales con estos sujetos con un plus de dedicación.

En el diccionario de Chemama, encontramos esta definición de melancolía:

“Afectación profunda del deseo, concebida por Freud como la psiconeurosis por excelencia, caracterizada por una pérdida subjetiva específica, la del yo mismo”.

Debe ser, por tanto, comprendida dentro del terreno de las psiconeurosis narcisistas o psicosis. Existe un repliegue de la libido sobre el yo, luego un agotamiento de la libido, y finalmente una pérdida del yo. En la melancolía, el objeto perdido es el yo mismo, a causa de una regresión libidinal al estadio del narcisismo primario, en el que el yo y el objeto de amor son verdaderamente uno solo.

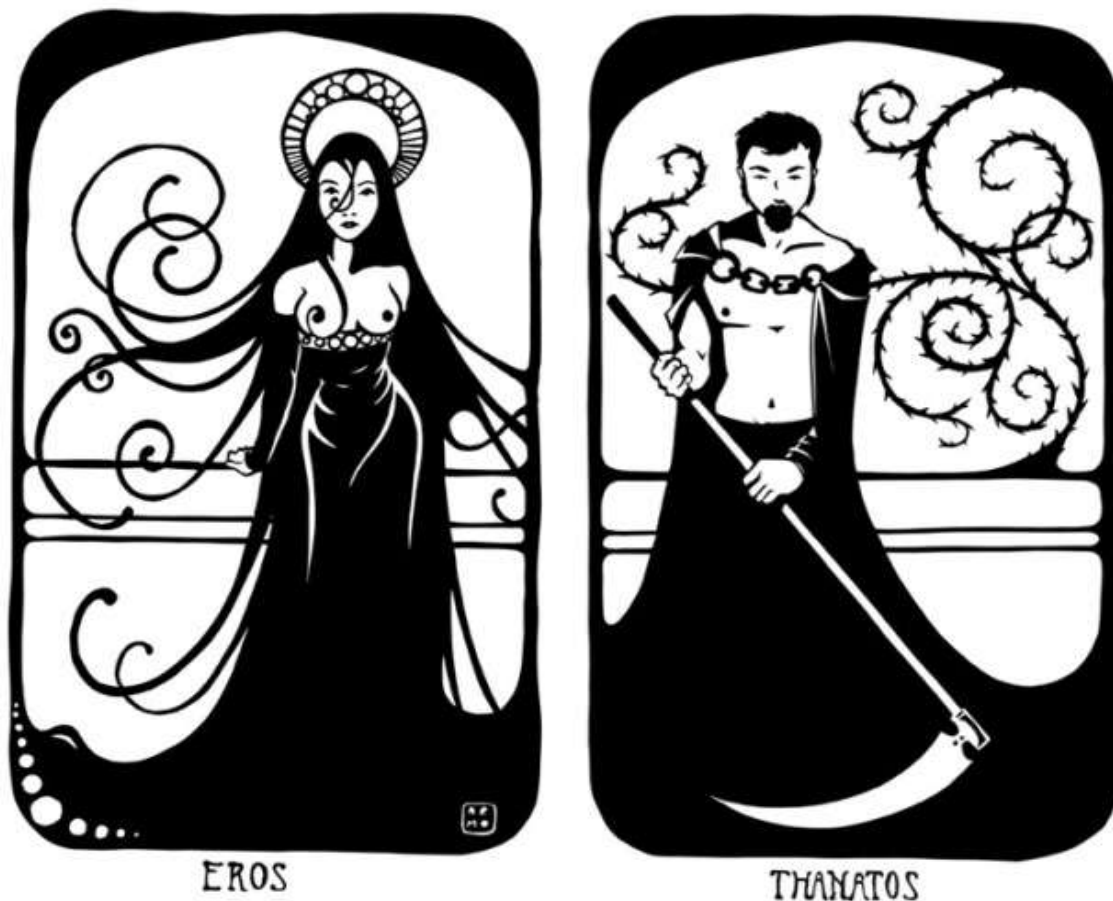
La melancolía produce el mismo tipo de trabajo que el duelo. Pero mientras en el duelo, se produce la renuncia al objeto perdido, para encontrar así otra posibilidad de investimento, en la melancolía el sujeto llega al momento de renunciar al yo mismo y esto origina abandono general, dimisión que puede llevar al suicidio.

En la sociedad actual, no se da tiempo para el duelo, incluso los rituales y expresiones de duelo van disminuyendo significativamente. Se venden objetos sustitutorios, artículos de goce con la pretensión de tapar lo subjetivo y el dolor. No hay tiempo para hacer los duelos que son necesarios llevar a cabo en cada etapa significativa del ser humano, sea la adolescencia o la vejez.

Pulsión

Freud introduce el término Trieb, substantivación del verbo alemán treiben, tiene el significado de brote, afloración, expresión, ganas, rumbo, fluctuación, constricción,

puesta en movimiento, impulso. Su raíz es la misma que la de la palabra española deriva y que la inglesa drive. En 1905 en los "Tres ensayos para una teoría sexual", Freud explica ya claramente la diferencia entre instinto y pulsión: pulsión designa al impulso provocado ante una excitación y una tensión corporal, tensión que tiende hacia diversos objetos y que si accede a ellos sólo se descarga momentáneamente. La pulsión, a diferencia del instinto, nunca queda satisfecha completamente.



Podemos definir la pulsión, de acuerdo con Laplanche, como “proceso dinámico consistente en un empuje (carga energética, factor de motilidad) que hace tender al organismo hacia un fin. Según Freud, una pulsión tiene su fuente en una excitación corporal (estado de tensión); su fin es suprimir el estado de tensión que reina en la fuente pulsional; gracias al objeto, la pulsión puede alcanzar su fin.”

El concepto freudiano de pulsión se establece, en principio, a partir de las investigaciones sobre la sexualidad humana. Basándose en el estudio de las perversiones y la sexualidad infantil, Freud demuestra que la sexualidad está lejos de servir a un orden natural... que tiene más que ver con la dinámica psíquica. Muestra que el objeto es variable y contingente y sólo es elegido en su forma definitiva en función de la historia personal de cada sujeto. Muestra además que los fines son parciales (pulsión parcial) y dependientes de fuentes somáticas. Estas fuentes son también múltiples y susceptibles de adquirir y mantener para el sujeto una función prevalente (zonas erógenas), de tal forma que las pulsiones parciales no se subordinan a la zona genital y no se integran a la realización del coito más que al final de una evolución completa que no viene garantizada por la simple maduración biológica.

Freud, en todo caso, aludió siempre al dualismo de las pulsiones. La pulsión sexual se diferencia de otras pulsiones. Así el primer dualismo, fue el de las pulsiones sexuales y las pulsiones del yo o de autoconservación. Pero en 1920, en el texto “Más allá del principio del placer” (1920) Freud estableció la dualidad que ya no abandona, la que se da entre Eros y Thanatos, pulsiones de vida y pulsiones de muerte.

Las pulsiones de vida digamos que ligan la pulsión con los objetos, tienen que ver con el establecimiento de lazos libidinales. Se relacionan, entonces, con las pulsiones sexuales y de autoconservación.

Las pulsiones de muerte son definidas como una categoría fundamental de pulsiones que se contraponen a las pulsiones de vida y que tienden a la reducción completa de las tensiones, es decir a devolver al ser vivo al estado inorgánico. Las pulsiones de muerte se dirigen primariamente hacia el interior y secundariamente hacia el exterior, manifestándose entonces en forma de pulsión agresiva o destructiva.

El propio Freud aludió a que el concepto de pulsión es un concepto límite con lo somático y fundamental o primario en el funcionamiento psíquico. Llegó a decir que la teoría de las pulsiones es como nuestra mitología. Las pulsiones son como seres míticos.

Según va avanzando Freud en la formulación de la teoría de las pulsiones, más se va encontrando con la importancia de la pulsión de muerte, hasta el punto de que se encuentra hablando estrictamente lo fundamental del aparato psíquico, la base de su funcionamiento está en la pulsión de muerte, ya que es la fuerza que siempre lleva al sujeto al punto de partida, a su estado primero de no vida.

Goce

Para entender el concepto del goce, partamos del de deseo. El deseo es una función dialéctica ya que siempre implica al Otro. El deseo se puede definir como una metonimia de la demanda, la cual también implica al Otro, es una demanda al Otro.

Con el goce, no podemos decir lo mismo. El punto de partida del goce es el cuerpo, sólo un cuerpo puede gozar.

Este punto de partida nos lleva a pensar en la diferente relación con el universo simbólico y con el significante del goce y el deseo. Mientras que el deseo cae dentro del campo de la metonimia y está ligado a la movilidad y permutación del significante, el goce tiene una relación de exclusión con el significante.

Desde este punto de vista, el deseo hace barrera al goce, el deseo es una barrera al goce fundada en el lenguaje.

Es necesario diferenciar entre goce y placer: El goce no proporciona placer, el goce es antinómico con el bienestar, puede incluso confinar el dolor. Esto es lo que le permite a Lacan formular que el principio del placer equivale al temor a gozar, el principio del placer equivale más bien a dormir, relacionándose el goce más bien con el despertar sin medida.

Al estar fuera de lo simbólico, va a tender a retornar en lo real y es lo que se va a encontrar en el síntoma, de la satisfacción que el sujeto encuentra en sus síntomas, de lo que Freud abordó como masoquismo primordial.

Ya al hablar del superyó, hacíamos referencia al goce. Son dos conceptos articulables en su descripción. El superyó está justamente en la conjunción de lo simbólico y de lo real. El superyó, tal y como lo articula el psicoanálisis es una ley que se articula apuntando al goce, haciendo de él un imperativo: ¡Goza!. Como comentábamos antes, Freud sitúa al superyó en el declinar del complejo de Edipo porque el superyó es un llamado al goce puro, un llamado a la no castración.



El superyó implica el cuestionamiento del bien para el sujeto como valor. El sujeto está apegado a algo que no le hace bien. A algo que no colabora en su bienestar. Es el goce de lo que se trata, del goce como bien absoluto y separado del bienestar del sujeto. Ahora bien, también hay que pensar que el goce es imposible, por lo que el imperativo también es una interdicción. El deseo es el efecto de la imposibilidad del goce. Paradojas psíquicas.

En todo caso, el superyó, como ley insensata, está muy cerca del deseo de la Madre, antes de que este deseo sea metaforizado por el Nombre del padre. Se trata de la Madre sin capricho y sin ley.

El goce no está coordinado con el significante. Es necesario el Nombre del Padre para que el goce desmedido se coordine con lo que es su semblante, el falo. Ahí estaríamos dentro

del terreno del goce fálico. El cuestionamiento del Nombre del Padre en la sociedad actual nos lleva a una función más acentuada del puro goce. Estamos más en el terreno de una madre sin freno simbólico, una madre tiránica, la madre mítica más cercana a la Cosa de lo real con el que el bebe se enfrenta al principio. Las llamadas enfermedades actuales, en realidad son la sintomatología de este contexto.

Bibliografía

- Alain Miller, Jacques. *Recorrido de Lacan*. Ediciones Manantial. 1990.
- Braunstein, Néstor. *El goce*. Siglo XXI, Madrid 1990.
- *Diccionario: Laplanche, Jean & Pontalis, Jean-Bertrand (1996), Diccionario de Psicoanálisis, Traducción Fernando Gimeno Cervantes. Barcelona: Editorial Paidós.*
- *Diccionario: Chemama, Roland & Vandermersch, Bernard (2004), Diccionario del psicoanálisis. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu editores.*
- Diccionario: Burness E. Moore y Bernard D. Fine. Biblioteca nueva. Madrid, 1997.
- Fenichel, O. Teoría psicoanalítica de la neurosis. Paidós, Barcelona. 1984.
- Freud, Sigmund. Obras Completas. Amorrortu Editores.
 - Totem y Tabú (1913)
 - Conferencia XXVI (1917) llamada: "La teoría de la libido: Narcisismo" El Yo y el Ello (1923)
 - Duelo y Melancolía (1917)
 - Introducción al Narcisismo (1914).
 - Disposición a la Neurosis Obsesiva (1913)
 - Pulsiones y destinos de pulsión (1915)
 - Más allá del principio de placer (1920)*
- Graves, Robert. *Los mitos griegos*. Edit. Ariel
- Lacan; J. Escritos y seminarios. *En especial: Volumen 10. La angustia*, Buenos Aires, Paidós.
- V Jornadas de clínicas psicoanalíticas. "El duelo y sus destinos". Madrid, 1987.

Cuestiones

1. Relaciona los siguientes conceptos: desplazamiento y condensación con metonimia y metáfora.
2. Ampliemos conceptos... En el tema hacemos referencia a la represión primaria y la represión secundaria. ¿Puedes definir las y diferenciarlas?
3. Describe el estadio del espejo y cuales son, bajo tu punto de vista, las consecuencias en el aparato psíquico de este pasaje.